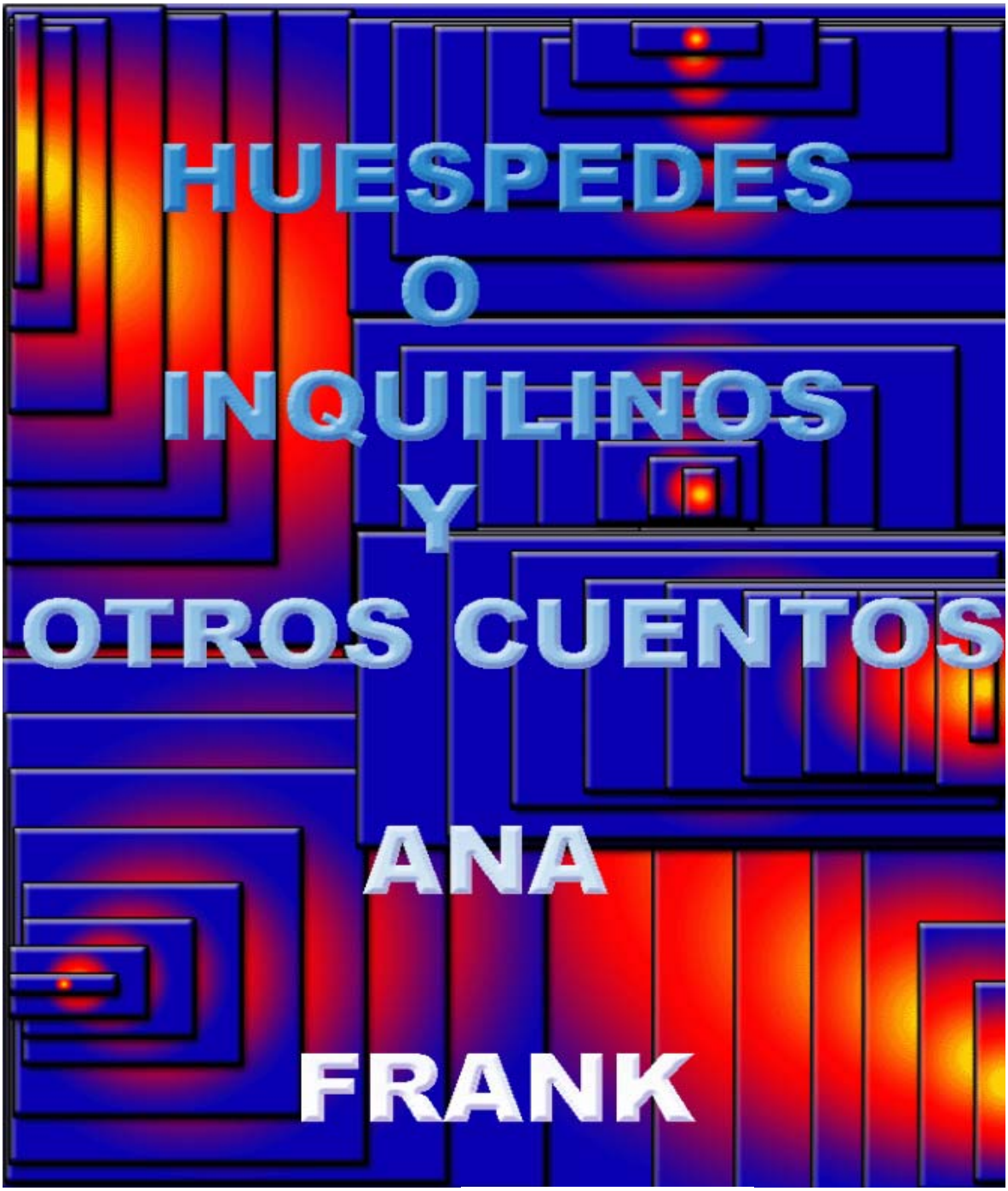
LIBRO dot.com

HUESSPEDES O INQUILINOS Y OTROS CUENTOS

ANA FRANK



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

ANA FRANK

HUÉSPEDES O INQUILINOS

Y OTROS CUENTOS

Cuando debimos decidirnos a alquilar nuestro gran cuarto del fondo, fue un golpe muy duro, pues ninguno de nosotros estaba acostumbrado a vivir con gente que nos pagase alquiler.

Cuando los tiempos son difíciles y alquilar cuartos se vuelve una necesidad, hay que tragarse el orgullo y mucho más. Fue exactamente lo que hicimos. Se limpió bien el gran dormitorio y se lo amuebló con algunos muebles más que nos sobraban. Sin embargo, no bastaron para convertir el cuarto en una combinación de dormitorio y sala de categoría. Mi padre salió entonces a mirar lo que había en las tiendas de muebles viejos y un día llegaba con una pieza y al día siguiente con otra.

Tres semanas más tarde contábamos con una hermosa papelera y una bonita mesita de té, pero necesitábamos aún dos sillones y un armario aceptable. Mi padre volvió a salir y esta vez, como algo especial, me llevó con él. Cuando llegamos al salón nos sentamos en bancos de madera con algunos compradores de aspecto extenuado y con otros personajes de aspecto dudoso y esperamos, esperamos, esperamos.

Podríamos haber esperado hasta el día siguiente, ya que el de nuestra visita sólo subastaban porcelana.

Muy desilusionados volvimos a casa y al día siguiente hicimos otro intento, aunque sin muchas esperanzas. Pero esta vez tuvimos más suerte y mi padre logró comprar un buen armario de roble y dos sillones tapizados en cuero.

Para celebrar nuestras compras y los inquilinos que según esperábamos no tardarían en aparecer hicimos el gasto de una taza de té y una rebanada de torta. Pero no prosigamos... cuando al día siguiente llegaron los muebles y los colocaron en el cuarto, mamá descubrió unos agujeritos rarísimos en el armario. Papá lo revisó y... sí, estaba invadido por la carcoma. Esas cosas no se garantizan por escrito y tampoco es posible reconocerlas a la mala luz de una sala de subastas.

Hecho el descubrimiento, revisamos los sillones y también estaban invadidos por la carcoma. Llamamos a la casa de subastas y les pedimos que se llevasen las piezas lo más pronto posible. Vinieron, por suerte, y mamá lanzó un suspiro de alivio al ver salir por la puerta los muebles. También mi padre suspiró, pero fue por el dinero perdido en este negocio.

Días después, papá se encontró con un amigo a quien le sobraban algunos muebles y que nos prestó encantado algunos hasta que encontrásemos algo mejor. Así quedó por fin resuelto nuestro problema.

Debimos redactar un anuncio y lo colocamos en el escaparate de la librería vecina mediante un pago por esta semana.

No tardó en llegar gente a visitar el cuarto. El primero fue un señor de edad que buscaba un cuarto para su hijo soltero. Cuando todo estaba casi convenido, el hijo intervino en la conversación y dijo cosas tan absurdas que mamá empezó a sospechar que realmente tenía un tornillo flojo. Y estaba en lo cierto, porque con aire avergonzado el viejo admitió que su hijo estaba algo mal de la cabeza. Mi madre los acompañó hasta la puerta con tanta rapidez como le fue posible. Entraban y salían, muchísimas personas, hasta que un día recibimos a un hombre bajo y gordo dispuesto a pagar lo que pedíamos y sin muchas exigencias. Le alquilamos pues el cuarto. El señor nos daba más placer que trabajo. Todos los domingos compraba chocolate para los niños y cigarrillos para los adultos y más de una vez nos llevó a todos al cine. Después de vivir un año y medio en casa, tomó un departamento con su madre y su hermana. Cuando más tarde vino a visitarnos nos dijo que nunca olvidaría lo bien que lo había pasado con nosotros. Volvimos a poner un anuncio en el escaparate y otra vez tocaron nuestro timbre grandes y chicos, jóvenes y viejos. Entre ellos había una mujer más bien joven con un

sombrero parecido a los de los miembros del Ejército de Salvación. Inmediatamente le dimos el apodo de Josefina Salvación y le alquilamos el cuarto. Pero no era una inquilina tan simpática como el gordito. En primer lugar, era muy descuidada y dejaba sus cosas desparramadas por todas partes y además había algo peor.

Tenía un novio que se embriagaba y no nos gustaba que viniese a casa. Una noche, por ejemplo, nos despertó el timbre. Papá bajó a ver quién era y ¿con quién se encuentra? si no con ese grosero, totalmente borracho que palmeaba a mi padre en la espalda y gritaba: «Somos buenos amigos, ¿eh? ¡Sí, sí, somos buenos amigos!» ¡Pam! Mi padre le cerró la puerta en la cara.

Cuanto estalló la guerra, en mayo de 1940, le pedimos el cuarto a Josefina y lo alquilamos a un arraigo, un joven de unos treinta años que estaba por casarse.

Era muy simpático, pero tenía un gran defecto. Era sumamente malcriado. Una vez durante los fríos días de invierno, cuando todos debíamos economizar electricidad, se quejó como loco del frío. Era una gran exageración, pues su cuarto era el más abrigado de la casa.

Pero como hay que tener paciencia con los inquilinos, le dimos permiso para encender una estufa eléctrica durante una hora de vez en cuando. ¿El resultado? Todo el día funcionaba la estufa en su máxima potencia. Le suplicamos una y otra vez que fuese algo más moderado, pero fue inútil. El contador de electricidad subió muchísimo y un buen día mi intrépida madre desconectó el fusible y desapareció toda la tarde. Echó la culpa a la cocina eléctrica que significaba demasiado consumo para el fusible. Después de esto nuestro vecino debió aguantar el frío sin quejarse.

A pesar de todo, también vivió en nuestra casa un año y medio, y al cabo de este tiempo se fue y se casó.

Otra vez estaba vacante el cuarto y mamá estaba por poner otro anuncio cuando nos llamó una amiga y nos persuadió de que aceptásemos como inquilino a un hombre divorciado que necesitaba un cuarto con urgencia. Era un hombre alto y macizo, con gafas, pero en general su aspecto no impresionaba demasiado. No queríamos dejar de complacer a nuestra amiga y le alquilamos el cuarto a este hombre. También él tenía una novia que venía a menudo a visitarlo. Casi en la fecha del casamiento riñeron y de la noche a la mañana nuestro inquilino se casó con otra.

Más o menos en esta época nos mudamos y así quedamos libres de nuestros inquilinos. Para siempre, espero.

EL VIAJE EN AVIÓN DE PAULA

Hace mucho tiempo, cuando era pequeña, papá me contaba los cuentos de Paula la Traviesa. Tenía una colección de ellos y me encantaban. Ahora, nuevamente, cuando estoy con papá por la noche, suele contarme cosas sobre Paula y he escrito aquí su último cuento.

I

Hacía mucho tiempo que Paula tenía ganas de ver un avión por dentro. Además, últimamente su padre trabajaba en un aeródromo o aeropuerto cerca de Berlín, donde vivían Paula y su madre. Un día soleado, cuando no había mucha actividad en el aeródromo, Paula cobró valor y se metió en el primer avión que encontró. Con toda calma escudriñó hasta el último de los rincones, y por último inspeccionó la carlinga. En el momento en que se disponía a bajar oyó con el consiguiente temor fuertes voces fuera. Rápidamente se ocultó debajo de uno de los asientos y esperó allí llena de angustia.

Las voces se acercaban y un momento después vio entrar a dos hombres que caminaban por todas partes y por poco no tropezaron con el asiento bajo el cual estaba escondida. Los hombres

ocuparon el asiento de detrás del de Paula y se pusieron a conversar en un idioma ininteligible. Al cabo de diez o quince minutos pararon de hablar y uno de ellos bajó del avión, pero el otro se encerró en la cabina del piloto y a los pocos minutos volvió preparado para volar. Luego regresó el segundo de los hombres, seguido por otros seis y todos se instalaron en el avión. Temblorosa, Paula oyó cómo se ponía en marcha el motor y giraban las hélices.

II

Como a pesar de su audacia Paula tenía a veces miedo y era cobarde a pesar de mostrar a veces una inesperada valentía, no tenía manera de saber cuál de estas modalidades habría de prevalecer en ella en estas circunstancias.

Sucedió que en ese momento desplegó mucho valor y cuando hacía algún tiempo que volaban decidió salir bruscamente de su escondite. Ante la gran sorpresa de la tripulación, dio su nombre y les contó cómo se encontraba a bordo.

¿Qué hacer con Paula? Los tripulantes cambiaron palabras entre sí y decidieron que no tenían otra alternativa que permitirle quedarse con ellos. Les oyó decir luego que volaban hacia Rusia a bombardear las líneas enemigas.

Con un suspiro Paula se tendió en un asiento y se durmió. Bim bam bum... De repente Paula se incorporó y miró a los hombres con los ojos sobresaltados. Pero nadie tenía tiempo para ocuparse de ella, porque los rusos estaban derribando aviones enemigos con todas sus energías. De repente Paula gritó, los asientos se estremecieron, las ventanas se sacudieron y dos proyectiles cayeron dentro del avión, un bombardero. El aparato empezó a caer en picado, pero aterrizó.

Llegaron unos rusos a todo correr y esposaron a toda la tripulación. Puede imaginarse la cara de esos extranjeros cuando vieron a una niña de unos trece años frente a ellos. Los alemanes y los rusos no entendían una palabra_ de lo que hablaba cada uno. Un ruso joven tomó a Paula de la mano y fueron detrás de la tripulación al campamento de prisioneros. El jefe del campamento rió a carcajadas al ver a Paula parada allí sin el menor miedo. No quería tener a esta niña como prisionera con los demás. Decidió entonces buscar detrás del frente y ver si había alguna familia bondadosa dispuesta a tener a la niña hasta el fin de la guerra.

III

Una mañana de lluvia, a la semana de haber llegado a la oficina del comandante, Paula salió para subir a un camión que llevaba soldados heridos al hospital. Durante cinco horas el camión avanzó sacudiéndose sobre el empedrado. Afuera una cortina de lluvia impedía ver el paisaje. De vez en cuando se rompía la soledad con la aparición de una casa aquí y otra allá, pero ninguna de esas casas tenía vida. Al comienzo del viaje se oía a lo lejos el tronar de los cañones, pero luego el ruido fue disminuyendo hasta que por fin cesó.

De repente la calle se volvió más transitada, se cruzaron con algunos automóviles y el camión se detuvo frente a una casa blanca, pintada de arriba abajo con cruces rojas. Llevaron a los heridos dentro y allí se ocuparon de ellos unas enfermeras muy cariñosas.

Cuando bajaron todos el camión reanudó la marcha sin que el conductor dijese una palabra. Pasó otra hora y volvió a detenerse, y Paula vio una granja bastante grande entre los árboles. El conductor señaló la casa y Paula comprendió que debía bajar allí. Una vez en la carretera se quedó esperando al conductor, pero inmediatamente el camión se perdió de vista. Estaba sola en una carretera desierta. ¡Qué gente rara eran estos rusos! Estaba sola y echada a su suerte en un país extranjero. Seguramente los alemanes nunca habrían hecho tal cosa. (Debemos recordar que Paula era alemana.) Pero luego recordó que el conductor del camión había señalado la casa. Cruzó la carretera y abrió el portón. Se encontraba ahora en un prado cercado. Frente a la casa había una mujer trabajando y una niña tendía ropa en una cuerda.

Con la mano tendida, Paula se aproximó a la mujer. Sólo dijo «Paula Müller». La mujer le tendió la ruano a su vez después de enjugársela en un delantal empapado y dijo: «Yustichiyarreya kolovnya.» Paula creyó que ése era su nombre, pero en realidad quería decir «Bienvenida seas».

IV

La señora Kantavoska, pues así se llamaba en realidad, vivía en esa granja con su marido y sus tres hijos. Además tenía un peón y dos empleadas. Tres días antes le habían comunicado que en los próximos días era posible que llegase una niña de unos trece años. En tal caso no tendría obligación de albergar a nadie más en su casa.

El plan le convenía perfectamente a la señora Kantavoska y ahora estaba segura de que ésa era la niña en cuestión. Era muy difícil para la familia indicar a Paula qué debía hacer. A pesar de sus esfuerzos, ésta no entendía lo que le decían. Durante las primeras dos semanas le costó mucho trabajo aceptar la comida que le daban, pero como el hambre es el mejor argumento, no tardó en habituarse v, créase o no, empezó a ayudar en el lavado de la ropa y la costura mediante la imitación de lo que hacían los demás.

Paula permaneció allí y al cabo de seis meses comprendía el ruso bastante bien. Pasados otros seis, lo comprendía casi del todo y aunque no le era fácil, hasta abría la boca para decir algo de vez en cuando. Los Kantavoska nunca sorprendieron a Paula en alguna travesura, pues era demasiado lista y, además, no quería malograr su vida en la granja. Hacía su trabajo, y como en realidad no era tan torpe como siempre había fingido ser en casa, poco a poco se transformó en un miembro de la familia.

V

Dos años después de su arribo a casa de los Kantavoska le preguntaron a Paula si desearía aprender a leer y escribir en ruso. Aceptó con entusiasmo y desde entonces fue a una escuela tres veces por semana con una niña de la vecindad. Progresó con gran rapidez y en tres meses había aprendido a leer el ruso. Junto con su vecina aprendía además a bailar y no pasó mucho tiempo antes duque la viesen bailando polkas y mazurcas en los cafés por unas monedas. Entregaba la mitad de sus ganancias a la señora Kantavoska y guardaba la otra mitad, pues hacía ya tiempo que pensaba en las maneras posibles de irse del país.

VI

Tenía ya dieciséis años y no había aprendido mucho desde el punto de vista occidental, frente al cual habría pasado por tonta. Trabajaba duramente bailando y con el tiempo logró ahorrar dinero suficiente para pagar un pasaje desde Minsk, distrito en el cual vivía, hasta Varsovia. Una vez que esté en Varsovia, pensaba, estoy segura de que la Cruz Roja me enviará a casa.

No tardó en realizar su deseo. Una mañana, cuando se suponía que debía ir a la escuela, metió todas sus pertenencias en una maleta y partió sigilosamente.

Como había previsto, no era fácil caminar desde la granja de los Kantavoska hasta Minsk. Un conductor de camiones la llevó durante varias horas, pero debió recorrer el resto del trayecto a pie y esto le llevó horas y horas.

Al llegar a Minsk medio muerta de cansancio fue directamente a la estación ferroviaria y preguntó si había alguna conexión con Varsovia. Con gran horror se enteró de que el próximo tren no partiría hasta el mediodía del día siguiente. Pidió ver al jefe de estación y cuando pudo hablar con él

le suplicó que le permitiese pasar la noche en la sala de espera. Obtenido el permiso, se durmió allí casi inmediatamente, pues estaba extenuada. A la mañana siguiente despertó entumecida y algo desorientada, quiso saber dónde estaba. Desgraciadamente muy pronto lo recordó, pues era imposible dejar de sentir las quejas de su estómago vacío. Era un problema que Paula no había previsto. En la cafetería de la estación una camarera muy amable le regaló un auténtico bollo ruso. Pasó toda la mañana charlando con la camarera y a las doce, ya recuperada y con gran optimismo, subió al tren hacia Varsovia. Vil.

Cuando llegó a Varsovia el jefe de estación le indicó el camino y Paula se dirigió al edificio de las enfermeras de la Cruz Roja. Debió permanecer allí mucho más tiempo del esperado, pues nadie sabía qué hacer con ella. No conocían direcciones ni organizaciones que se ocupasen de repatriar refugiados y como Paula no tenía un centavo, no era posible despacharla en un tren, ni tampoco dejarla morir de hambre. Por fin decidieron que no había otra alternativa que comprarle a la Señorita X un pasaje a Berlín, ya que Paula les había dicho que una vez en Berlín no tendría dificultades para llegar a casa.

Su despedida de las enfermeras fue afectuosa. Luego volvió a tomar un tren. En la estación siguiente subió un joven muy simpático que no tardó en entablar conversación con esta muchacha tan formal. Durante todo este viaje se vio a Paula acompañada por el apuesto soldado y cuando el tren llegó a Berlín prometieron volver a verse pronto.

Una vez más Paula emprendió viaje y poco después llegó a la casa de sus padres, pero estaba vacía, abandonada. Nunca se le había ocurrido que sus padres pudiesen haberse mudado. ¿Qué hacer? Una vez más acudió a la Cruz Roja y contó su historia en un alemán algo torpe. Y otra vez la albergaron y le dieron de comer, pero podía permanecer allí sólo dos semanas.

La única noticia que tenía de sus padres era que su madre había abandonado Berlín para buscar trabajo en otra parte y que su padre había debido incorporarse al Ejército durante el último año de la guerra y estaba herido en un hospital. Rápidamente se dedicó a buscar un empleo como sirvienta y cuando lo obtuvo se encontró con Eric, el joven apuesto, que le consiguió trabajo en un cabaret tres noches por semana. Así fue como le resultó muy provechoso haber aprendido danzas rusas.

VIII

Hacía ya bastante tiempo que Paula bailaba en el cabaret cuando anunciaron que dos semanas más tarde se ofrecería un recital de danzas a beneficio de los soldados convalecientes dados de alta de los distintos hospitales. En esta función le tocaría a Paula un papel importante. Debía practicar mucho y cuando volvía a casa a altas horas de la noche apenas tenía fuerzas al día siguiente para salir al trabajo a las siete de la mañana. Su único apoyo era Eric. La relación entre ambos era cada vez más profunda y sólida y Paula no habría sabido qué hacer sin él. Cuando llegó la gran noche, por primera vez en su vida Paula supo qué significaba tener miedo de salir a escena. Le parecía extraño tener que bailar exclusivamente para hombres. No tenía alternativa y era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar, en especial porque le permitiría tener algo más de dinero.

La función fue un éxito y tan pronto como terminó Paula fue al salón a buscar a Eric. De repente se detuvo bruscamente. Frente a ella, conversando con otro soldado, estaba su padre. Con un grito de júbilo corrió hacia él y le echó los brazos al cuello.

Su padre, muy envejecido, la miró y se quedó atónito. No reconocía a su hija, como no la había reconocido en el escenario. Paula debió presentarse.

IX

Una semana más tarde era posible ver a Paula caminando por la estación de Frankfurt del Meno, agarrada del brazo de su padre. Allí los aguardaba la madre de Paula, llena de emoción, que durante tanto tiempo había esperado en vano el regreso de su hija.

Cuando le contó a su madre toda la historia, su padre le preguntó en tono de broma si no quería meterse en otro avión y volver nuevamente a Rusia.

El lector debe saber que esta historia sucedió durante la guerra de 1914-1918, cuando los alemanes triunfaron en la campaña de Rusia.

ILUSIONES DE ESTRELLAS

24 de diciembre de 1943

(En contestación a la sempiterna pregunta de la señora Van Daan de por qué no quiero ser artista de cine)

Yo tenía diecisiete años, una cara bonita, una espléndida mata de cabello negro, la mirada alegre y muchas ilusiones. Soñaba con ser famosa, con que mi nombre corriera de boca en boca. Para mí, lo de menos era en qué campo y de qué forma alcanzar la fama. A los catorce años, decía: más adelante, y a los diecisiete seguía diciendo lo mismo. De estos planes mis padres no sabían ni una palabra. Comprendía que lo mejor era no decir nada, pues, cuando se presentara la oportunidad de empezar mi carrera, mis padres poca cosa harían por ayudarme. Que nadie se figure, no obstante, que yo me tomaba mis ilusiones demasiado en serio y que no pensaba en otra cosa. Al contrario, siempre me gustó el estudio. A los quince años, me examiné de reválida en el Instituto y, después, me matriculé en una escuela de idiomas. Por la mañana, asistía a clase y por la tarde primero me quedaba en casa a estudiar y luego iba a jugar al tenis.

Cierto día (estábamos en otoño), al poner en orden mi armario, entre estuches y cajones, encontré una vieja caja de zapatos en la que, con grandes letras, estaba escrito: «Artistas de cine.» En el acto recordé que, tiempo atrás, mis padres me habían dicho que tirara la caja a la basura y yo la escondí en lo más profundo del armario, para que nadie pudiera encontrarla.

Destapé la caja, empecé a sacar las gomas que sujetaban los paquetes de fotografías y me sumí en la contemplación de aquellos rostros maquillados. Dos horas después, con un violento sobresalto, noté que alguien me daba unas palmaditas en el hombro. Entonces me di cuenta de que estaba sentada en el suelo, rodeada de montones de papeles y cajas. Tuve que dar un salto para poder salir de allí e ir a tomar el té.

Aquel día tiré muchas cosas, pero no la caja dé fotografías. Por la noche, al contemplar nuevamente mi hallazgo, encontré algo más: un sobre, lleno de fotografías de distintos tamaños, de la familia Lane, tres de cuyas hijas eran estrellas de cine. Allí estaba también la dirección de las tres. Cogí papel y pluma y, en inglés, escribí una carta a la más joven, Priscilla Lane.

Sin decir ni una palabra a nadie, envié la carta. En ella pedía fotografías de Priscilla y de sus hermanas y les rogaba que me escribieran, pues sentía gran interés por su familia.

Pasaron más de dos meses y, aunque me hubiera costado trabajo reconocerlo, había abandonado toda esperanza de recibir contestación. Las hermanas Lane no iban a contestar las innumerables cartas que recibirían de sus admiradores.

Pero, una mañana, mi padre me entregó un sobre dirigido a la señorita Ana Franklin. Lo rasgué rápidamente. Los de casa estaban llenos de curiosidad. Entonces les expliqué lo de mi carta y les leí la contestación.

Priscilla me decía, poco más o menos, que no podía mandarme ninguna fotografía hasta saber algo más de mí, pero que volvería a escribirme muy gustosa si yo le contaba cosas de mí y de mi familia. Yo le contesté, con toda sinceridad, que, más que su carrera, me interesaba su modo de vida, si salía mucho de noche, si su hermana Rosemary hacía tantas películas como ella, etc. Luego, ella me pidió que la llamara Pat. A Priscilla le gustaban mis cartas, según me dijo, y casi siempre me contestaba sin retraso.

Sosteníamos nuestra correspondencia en inglés, de modo que mis padres no podían poner inconvenientes, ya que con ellas practicaba ese idioma. Priscilla me decía que iba al estudio casi a diario y me explicaba lo que hacía durante todo el día. Me enviaba mis cartas, corregidas, para que tomara nota de los errores, pero luego tenía que devolvérselas. También me envió toda una colección de fotografías.

Priscilla era soltera y no tenía novio, a pesar de haber cumplido ya los veinticinco años. La diferencia de edad entre nosotras no suponía ningún inconveniente para nuestra amistad, y yo estaba muy orgullosa de mi amiga la estrella.

Pasó el invierno. Al empezar la primavera, llegó una carta de los Lane, en la que Priscilla me decía si me gustaría pasar un par de meses en su casa. De alegría, di un salto hasta el techo, pero no contaba con los innumerables inconvenientes que iban a oponer mis padres. Que si yo no podía ir sola a América, que si no tenía bastantes vestidos, que si no podía dejarles durante tanto tiempo, que si no debía aceptar la invitación... En fin, todos esos reparos que suelen poner los padres que se preocupan del bienestar de sus hijos. Pero a mí se me había metido en la cabeza ir a América.

Hice a Priscilla una lista de todos los inconvenientes y ella los fue rechazando uno por uno. En primer lugar, no debía temer viajar sola. Su señorita de compañía tenía que ir a La Haya a ver a su familia y, a su regreso a América, podría llevarme con ella. Para la vuelta, también me encontraría algún acompañante.

Naturalmente, vería muchas cosas de California. Pero mis padres no habían agotado los inconvenientes. Ahora decían que, no conociendo a toda la familia, quizá no me sintiera a gusto...

Yo estaba furiosa. Parecía como si mis padres no quisieran dejarme disfrutar de aquella inesperada dicha. Pero Priscilla se mostró amabilísima en todo momento y, al fin, después de una carta muy simpática de la señora Lane, mi viaje quedó decidido. Seguí estudiando con ahínco durante los meses de mayo y junio y, como la amiga de Priscilla debía llegar a Amsterdam el 18 de julio, a primeros de ese mes empezamos a hacer los preparativos del viaje.

El día señalado, papá y yo fuimos a la estación a esperar a la señorita Kalkwood. Priscilla me había mandado una fotografía, y yo la reconocí inmediatamente entre la multitud de viajeros. La señorita Kalkwood era una mujer bajita, de cabello rubio tirando a blanco, que hablaba mucho y muy aprisa, y de aspecto muy simpático.

Papá, que, por haber vivido varios años en América, habla el inglés perfectamente, entabló conversación con la señorita Kalkwood, y, de vez en cuando, yo metía baza.

Había quedado convenido que la señorita Kalkwood pasaría una semana con nosotros y después emprenderíamos el viaje. La semana pasó muy aprisa y, antes de que terminara el primer día, ella y yo éramos ya buenas amigas. El 25 de julio, me levanté tan emocionada que apenas pude desayunarme. En cambio, la señorita Kalkwood estaba como si tal cosa. Claro que ella había hecho ya el viaje una vez.

Toda la familia nos acompañó a Schiphol. Por fin, empezó mi viaje a América.

Estuvimos volando unos cinco días. El quinto día, por la tarde, aterrizamos cerca de Hollywood. Priscilla y su hermana Rosemary, un año mayor que ella, nos esperaban en el aeropuerto. Como yo me sentía algo cansada por el viaje, nos llevaron en automóvil a un hotel situado cerca de allí. A la mañana siguiente, nos desayunamos con buen apetito y montamos todas en el automóvil, que conducía la propia Rosemary.

Al cabo de tres horas de viaje, llegamos a la mansión de los Lane, donde se me hizo un cariñoso recibimiento. La señora Lane me llevó a un precioso dormitorio con balcón que durante dos meses iba a pertenecerme.

En la hospitalaria casa de los Lane, en la que siempre había bulla y diversión, donde a cada paso se tropezaba uno con gatos de todas clases, donde las tres famosas estrellas ayudaban a su

madre mucho más que yo a la mía y donde tanto había que ver, cualquiera tenía que sentirse a gusto. Yo hacía grandes progresos en inglés, sin duda porque la lengua no me era del todo extraña.

Priscilla tuvo libres las dos primeras semanas de mi estancia en América, y me enseñó los alrededores de Hollywood. Casi a diario íbamos a la playa, donde cada día me presentaba nuevas celebridades. Una de las mejores amigas de Priscilla era Magde Bellamy, que a menudo nos acompañaba en nuestras excursiones.

Nadie hubiera podido suponer que Priscilla tuviera once años más que yo. Pasábamos por amigas con toda naturalidad. Oh, maravilla, cuando Priscilla tuvo que volver al estudio de la «Warner Bros», me permitió acompañarla. Mientras ella ensayaba, yo me quedé en su camerino.

Aquel día terminó pronto su trabajo y me enseñó los estudios.

-Oye, Ana, tengo una idea. Mañana por la mañana, temprano, te presentas en uno de esos despachos, por los que pasan todas las chicas guapas, para que te hagan una prueba. Naturalmente, en broma.

-¡Fantástico! -contesté yo, entusiasmada. Y al día siguiente, allá fui yo. Las chicas hacían cola ante la puerta. Al cabo de media hora pude entrar en el despacho. No obstante, aún no me atendieron, pues había unas veinticinco muchachas delante de mí. Esperé una o dos horas más y, por fin, me llegó el turno.

Sonó un timbre y, fatigada, entré en un despacho en el que había un caballero de mediana edad, sentado detrás de una mesa. Me saludó con cierta sequedad, me preguntó mi nombre y dirección y se mostró muy sorprendido cuando le dije que vivía con los Lane. Cuando terminó su interrogatorio, me miró con ojos penetrantes y preguntó:

-¿De verdad quiere ser artista de cine? -Sí, si tengo aptitudes -contesté yo. Entonces pulsó un timbre y, al momento, entró una muchacha muy elegante que me indicó que la siguiera. Abrió una puerta y yo tuve que cerrar los ojos, deslumbrada por la luz que había en aquella habitación.

Desde detrás de un complicado aparato, un joven me saludó algo más amablemente que el caballero de antes y me hizo sentar en un taburete alto. Me sacó varias fotografías y llamó a la señorita, que me volvió a llevar ante el «viejo». Éste me prometió comunicarme si debía volver o no. Por fin, con alegría, tomé el camino de la casa de los Lane.

Una semana después tuve noticias del señor Harwich (Priscilla me había dicho su nombre). En su carta me decía que las pruebas habían resultado satisfactorias y que fuera a verle al día siguiente a las tres. Yo creía que tenía ya un contrato en el bolsillo. El señor Harwich me preguntó si quería posar como modelo para un anuncio de raquetas de tenis. El trabajo duraría una semana. Cuando me expuso las condiciones, acepté. Llamó por teléfono al fabricante y aquella misma tarde nos presentaron.

Al día siguiente acudí al estudio del fotógrafo, al que debía ir a diario durante una semana. Mi trabajo consistía en cambiarme de ropa a una velocidad de vértigo, posar de pie, posar sentada, caminar de un lado para otro, sonreír, volver a cambiarme, volver a sonreír... y todo esto con mucho maquillaje. Cuando llegué a casa por la noche, me dejé caer en la cama muerta de cansancio.

Al cabo de tres días, casi no podía ya ni sonreír, pero tenía que cumplir mi compromiso con el fabricante. Pero el cuarto día por la tarde, al llegar a casa de los Lane, estaba tan pálida que la señora Lane me prohibió volver a posar como modelo. Ella misma telefoneó al fabricante v rescindió el compromiso.

Desde el fondo de mi corazón, se lo agradecí. A partir de aquel momento, disfruté sin más obstáculos de mis inolvidables vacaciones, y quedé para siempre curada de mis ansias de celebridad. Había visto de cerca la vida de los famosos.

30 de enero de 1943

Me llaman exagerada apenas abro la boca; ridícula, si estoy callada; descarada, si contesto; cursi, si tengo una buena idea; perezosa, si estoy cansada; egoísta, si tomo una cucharada de más;

tonta, cobarde, calculadora, etcétera, etcétera. Desde la mañana hasta la noche, no dejan de llamarme calamidad insoportable. Aunque yo me río y hago como si no me importara, en realidad sí que me importa. Quisiera que Dios me hiciera ser de modo que no resultara antipática a todo el mundo.

KATRIENTJE

12 de febrero de 1944

Katrientje estaba delante de la granja, sentada al sol sobre una piedra. La niña meditaba profundamente. Katrientje era una de esas criaturas que con los años se convierten en...[1]por haber tenido siempre que pensar mucho. ¿Y en qué pensaba la niña del delantal? Sólo ella lo sabía. A nadie revelaba sus pensamientos; era demasiado reservada.

No tenía amigas ni esperaba tenerlas; hasta su madre la encontraba extraña y, por desgracia, la niña se daba cuenta. El padre tenía demasiado trabajo para ocuparse de su única hija. Por eso, Trientje no tenía a nadie más que a sí misma. No le daba pena estar siempre sola; nunca había conocido otra vida y con poco se conformaba.

Pero aquella calurosa mañana de verano suspiró profundamente mientras dejaba vagar la mirada por los campos de trigo. ¡Qué hermoso sería poder jugar con aquellas niñas! ¡Cómo corrían y reían! ¡Ellas sí que se divertían!

Ahora se acercaban. ¿Irían a buscarla? ¡Oh, qué pena, se estaban riendo de ella! Ahora las oía claramente, y la llamaban de aquel modo que ella tanto aborrecía, Trientje la Boba, ese nombre que siempre oía cuchichear a su espalda. ¡Qué desdichada se sentía! De buena gana hubiera echado a correr hacia la casa, pero entonces aún se hubieran reído más.

¡Pobrecita, no es la primera vez en tu vida que te sientes desgraciada y ansías la compañía de otras niñas!

-¡Trientje, Trien! ¡A comer!

La niña se levantó suspirando y, lentamente, entró en la casa.

-¡Qué cara de pascuas trae nuestra hija! Ella siempre tan contenta -exclamó la campesina al ver entrar a la niña, más triste que nunca.

-¿Es que no puedes decir algo, alguna vez? -continuó la mujer.

Su tono era muy áspero, pero ella no se daba - cuenta, y es que siempre había deseado tener una niña alegre y retozona.

-Sí, mamá.

Su voz apenas era perceptible.

-Toda la mañana fuera de casa, sin hacer nada. ¿Dónde te has metido?

-Ahí fuera.

Trientje sentía un nudo en la garganta, pero la madre interpretó mal la aflicción de la niña y, llena de curiosidad, se propuso averiguar lo que su hija había estado haciendo durante toda la mañana. -Contesta bien, por una vez. Quiero saber de dónde vienes, ¿lo has entendido? Y basta de bobadas. Al oír la aborrecida palabra, Katrientje no pudo contener las lágrimas.

-¡Otra vez llorando! Eres una llorona. ¿Es que no puedes decir de dónde vienes? ¿Acaso es un secreto?

La pobre criatura no podía articular palabra. Los sollozos la ahogaban. Se puso en pie de un salto, derribando la silla y salió corriendo de la habitación en dirección a la buhardilla. Una vez allí se dejó caer sobre un montón de sacos que había en un rincón y siguió llorando. Abajo, la campesina, encogiéndose de hombros, empezó a recoger la mesa. La conducta de su hija no le extrañaba. A

[1] Ilegible en el manuscrito

menudo le daba aquella llantina. Lo mejor era dejarla. ¿Era así como se comportaba una muchacha de doce años?

En la buhardilla, Trien, ya más calmada, se puso a reflexionar nuevamente. Lo mejor sería bajar y decirle a madre que se pasó la mañana sentada en aquella piedra. Haría todo el trabajo por la tarde. Así vería que no la asustaba trabajar. Si le preguntaba por qué se había pasado toda la mañana sin hacer nada, le diría que porque necesitaba pensar. Aquella tarde, cuando hubiera vendido los huevos, iría al pueblo y le compraría un dedal de plata. Para eso todavía le quedaría bastante dinero. Entonces, su madre vería que no era tan boba. Sus pensamientos se detuvieron un momento. ¿Cómo librarse de aquel detestable mote? ¡Ya tenía la solución! Sí, después de pagar el dedal, le sobraba algo de dinero, compraría una bolsa de Snaapjes (así llaman los niños en Holanda a unos caramelos rojos y pegajosos) y, al día siguiente, los repartiría entre las niñas de la escuela. Entonces les preguntaría si podía jugar con ellas. Así verían que ella también sabía jugar y nunca volverían a llamarla más que Trientje, a secas.

Aún un poco temerosa, se levantó y fue al encuentro de su madre. Al verla, ésta le preguntó: -¿Ya se te ha pasado el berrinche?

A Trientje le faltó valor para volver a hablar de lo ocurrido. Sin decir palabra, se puso a fregar los cristales de las ventanas.

Al caer la tarde, Trientje cogió el cesto de los huevos y se encaminó, presurosa, hacia el pueblo. Al cabo de media hora llegó a la casa de su primera cliente, que la estaba esperando en la puerta, con un plato de porcelana en la mano.

-Dame diez huevos, niña -le dijo la señora, amablemente.

Trien le entregó lo pedido y después de despedirse, continuó su camino. Tres cuartos de hora más tarde, el cesto estaba vacío. Trien entró en una tiendecita donde sabía que podía encontrar de todo. Salió de allí con un bonito dedal y un cucurucho de caramelos y emprendió el regreso hacia su casa. A mitad del camino, vio venir, en dirección contraria, a dos de las niñas que aquella mañana se habían burlado de ella. Haciendo un esfuerzo, dominó el impulso de esconderse y, con el corazón palpitante, siguió andando.

-¡Mira, mira, Trientje la Boba, la Boba, la Boba!

Trien perdió todo su valor. Sin saber exactamente lo que hacía, cogió los caramelos y se los tendió a las niñas. Con un movimiento rápido, una de ellas cogió la bolsa y echó a correr. La otra la siguió y, antes de desaparecer en un recodo del camino, se volvió y sacó la lengua.

Trientje se dejó caer al lado del camino y rompió a llorar con gran desconsuelo. Lloró y lloró hasta no poder más. Era ya casi de noche cuando cogió nuevamente el cesto, que se había volcado, y se encaminó hacia casa. Tirado entre la hierba, quedó el reluciente dedal de plata...

23 de febrero de 1944

El que se sienta abandonado, triste o preocupado, que vaya donde pueda estar solo, solo con el cielo, la Naturaleza y Dios. Entonces, sólo entonces, comprenderá que todo es como debe ser y que Dios quiere ver feliz al hombre y por eso le ha rodeado de cosas bellas. Mientras sea así, y así deberá ser siempre, yo sé que, en cualquier circunstancia, hay un consuelo para cada pena, y creo firmemente que la Naturaleza alivia muchos pesares.

DOMINGO

Lo que sucede en las casas de la ciudad durante la semana ocurre también los domingos aquí, en el «Escondite». Mientras otros se ponen ropa bonita y salen a tomar el sol, nosotros permanecemos fregando, barriendo y lavando la ropa.

08.00. Sin ninguna consideración para quienes duermen hasta más tarde, Dussel se levanta a las ocho. Va al cuarto de baño, luego baja, luego sube y otra vez en el baño se lava durante una hora entera.

09.00. Encienden las estufas, retiran las cortinas negras de las ventanas y los Van Daan entran en el cuarto de baño. Una de mis torturas del domingo por la mañana, cuando estoy acostada aún, es tener que mirar la espalda de Dussel cuando reza. La gente reirá sin duda cuando cuento qué horroroso es contemplar a Dussel rezando. No es que grite ni se ponga sentimental, no, pero es su forma de mecerse con los talones y la punta de los pies, una y otra vez, durante un cuarto de hora, sí, un cuarto de hora. Va y viene, va y viene y si no me tapo los ojos, me dan mareos.

10.15. Los Van Daan silban porque el cuarto de baño está libre. En nuestro piso, las primeras caras soñolientas se levantan de las almohadas. Y entonces todo es rápido, rápido. Margot y yo ayudamos por turno con el lavado. Como hace muchísimo frío abajo estamos contentas de usar pantalones y echarpes en la cabeza. Entretanto, papá está ocupado en el cuarto de baño. A las 11.00 entramos Margot, o yo, y entonces estamos limpias nuevamente.

11.30. Desayuno. No diré nada sobre el tema, pues se habla bastante de comida sin que yo agregue mi parte.

12.15. Cada uno hace algo diferente. Papá, vestido con un mono de mecánico, se arrodilla y cepilla la alfombra con tanto entusiasmo que el cuarto se llena de una gran nube de polvo. Dussel tiende las camas, muy mal, desde luego, y silba el mismo concierto para violín de Beethoven. Se oye a mamá arrastrar los pies cuando cuelga la ropa lavada.

El señor Van Daan se pone el sombrero y parte con destino desconocido y generalmente lo siguen Peter y Mouschi. La señora de Van Daan se pone un largo delantal, un chaleco de lana negra y largueros, se envuelve un echarpe de lana roja en la cabeza, recoge un hatillo de ropa muy sucia bajo el brazo y luego de hacer una elegante reverencia de lavandera, también parte hacia las piletas de lavar.

Margot y yo lavamos los platos y ordenamos un poco el dormitorio.

12.45. Cuando está todo seco y sólo quedan las ollas y cacerolas, bajo a sacudir el polvo y si he terminado mi lavado por la mañana, a limpiar la bañera.

13.00. Noticias.

13.15. Una de nosotras se lava el pelo o se lo corta. Después todos nos dedicamos a pelar patatas, tender ropa lavada, encerar la escalera, fregar el cuarto de baño, etcétera, etcétera.

14.00. Después del comunicado de la Wehrmacht esperamos los programas musicales y el café y otra vez reina la tranquilidad. ¿Quién puede saber por qué los adultos tienen que dormir todo el tiempo? A las once de la mañana se ve a varios bostezar y a menudo suspirar. ¡Ah, si sólo pudiera echarme media hora!

No tiene la menor gracia que entre las dos y las cuatro de la tarde se vean solamente caras soñolientas por todas partes. En nuestro cuarto Dussel, en la sala papá y mamá y arriba los Van Daan, que cambien sus lugares de dormir durante la tarde. Qué vamos a hacer... Quizá llegue a comprenderlo cuando tenga la edad de ellos.

De cualquier manera, los domingos duermen más que nunca. No tiene objeto subir al piso alto antes de las 16.30 o las 17.00 pues hasta esa hora todos están en el país de los sueños.

La última parte de la tarde es igual a la de los otros días de la semana, salvo por el concierto de 18.00 a 19.00.

Una vez que hemos comido y hemos fregado los platos, estoy feliz, porque pasó un domingo más.

LA FLORISTA

20 de febrero de 1944

Cada mañana, a las siete y media, se abre la puerta de la casita situada en las afueras del pueblo. Por ella sale una niña cargada con un cesto de flores en cada mano.

Después de cerrar la puerta, coge los cestos y se pone en camino. La gente del pueblo que se cruza con ella, a la que la chiquilla saluda alegremente, la mira con pena y todos dicen lo mismo: «Este camino es demasiado largo y penoso para una niña de doce años.»

Pero ella no advierte las miradas de sus vecinos y sigue caminando, lo más aprisa que puede. Porque el camino hasta la ciudad es largo en verdad. Dos horas y media, andando deprisa y con un pesado cesto en cada mano no es cosa de broma. Cuando, por fin, la niña atraviesa las calles de la ciudad, se siente muy cansada y sólo la sostiene la perspectiva de descansar pronto. La pequeña es valerosa y no afloja el paso hasta que llega a su puesto del mercado. Entonces se sienta y empieza la espera...

A menudo tiene que esperar todo el día, pues a la pobre florista no le sobran los clientes. Más de una vez, Krista tuvo que volver a casa con los cestos medio llenos.

Pero hoy es diferente. Hoy es miércoles. El mercado está muy concurrido. A su alrededor, las vendedoras pregonan sus mercancías y el aire está lleno de gritos y voces irritadas. Los que pasan por allí apenas oyen la vocecilla de la niña, que queda ahogada por aquel griterío. Pero Krista no se cansa de repetir durante todo el día:

-Flores..., bonitas flores... A diez céntimos el manojo. ¿Quién quiere bonitas flores?

Y cuando los que han terminado sus compras ven el cesto lleno de flores, dan con gusto un groschen por uno de aquellos lindos ramilletes.

A las doce, Krista se levanta de su silla y va al otro extremo del mercado, donde está el cafetero que cada mañana la invita a una taza de café con mucho azúcar. Para él reserva Krista su mejor ramillete.

Luego, vuelve a su puesto y nuevamente se pone a vocear su mercancía. A las tres y media se levanta, coge los cestos y se vuelve al pueblo. Camina más despacio que por la mañana, y es que ahora Krista está cansada, muy cansada. Invierte tres horas en el camino y no llega a casa hasta las seis y media.

Todo sigue igual que como lo dejó por la mañana, frío, triste y poco acogedor. Su hermana, con la que comparte la casa, trabaja en el pueblo desde la mañana hasta la noche. Krista no se toma

reposo. En cuanto entra en casa, empieza a pelar patatas y a limpiar verduras y cuando, por fin, a las siete y media, llega a casa su hermana, las dos se sientan a la mesa para compartir la frugal cena.

A las ocho de la noche, vuelve a abrirse la puerta de la casita y la niña sale de nuevo con un cesto en cada mano. Ahora se dirige a los campos que rodean la casa. No va muy lejos. Empieza a coger flores de todas clases y de todos colores. Mientras el sol se pone, la niña sigue recogiendo flores.

Por fin, los dos cestos están llenos. El sol ha desaparecido y Krista se echa sobre la hierba, las manos cruzadas en la nuca. Con ojos muy abiertos contempla el cielo azul pálido.

Éste es el mejor momento del día. Que nadie se figure que esta niña es desgraciada. En ningún momento se siente desgraciada, y nunca lo sentirá, mientras, cada día, pueda salir al campo y tenderse entre las flores a contemplar el cielo.

Allí olvida el cansancio y el griterío del mercado. Sólo desea una cosa: poder disponer cada día de aquel cuartito de hora para quedarse a solas con Dios y la Naturaleza.

Fin